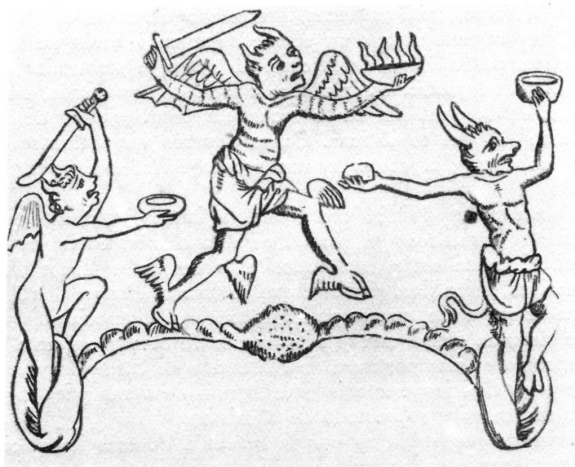




PRELIMINAR

Decidme, ¿cómo me preferís, con cabeza o sin cabeza?

(Sentencia china)

Büchner, cuando literariamente rehace la locura de Lentz, la describe por medio de un disparatado viaje, en el que se suceden los crepúsculos ardientes, las calmas luces de las auroras, la frialdad de las noches, los soles dorados de los mediodías, y ese tiempo que no es tal para la mente enferma gira en los ciclos continuos y semeja un reloj que, a fuerza de moverse sobre el mismo círculo, parece parado. Sin estar locas, muchas personas experimentan la necesidad de sumirse en un ciclo parecido, de huir de la historia de sus existencias y de buscar lugares en los que el transcurso tenga un sentido y una forma diferentes. Se ha dicho con razón que los viajes alteran el significado y el valor del tiempo; no es lo mismo pasar treinta días en los habituales lugares de trabajo y distracción que invertir cuatro en un viaje, no por raudo menos apasionante. Si se

quiere envejecer con sabiduría o madurar por dentro, hay que saber introducir esos incisos en los que la lejanía pone su horizonte aprisionado.

Pero no siempre es posible viajar. La estación marítima, con sus grandes barcos bajo la niebla de la mañana; la del ferrocarril o el aeropuerto están a veces, muchas veces, demasiado distantes de la posibilidad inmediata. Y es urgente lanzar un puente entre unas horas de idéntico cuidado. Se puede, desde luego, ir al cine, al teatro, a presenciar un deporte, pero todo eso, a la postre, es ir a ver la vida de los demás, en la ficción de las tablas, en la pantalla, en la lucha por conseguir un triunfo que no es nuestro sino del que lo obtiene. Cansa a veces ver tantas soluciones logradas por los demás, a costa de una escenografía, un argumento y unos fotogramas.

En ese estado de ánimo, consciente o inconscientemente, muchos se acercan a ciertos lugares de su ciudad natal o de residencia, en los cuales, fija o transitoriamente, están enclavados esos conjuntos llenos de color, de formas llamativas, infantiles, girantes, que se llaman *Parques de Atracciones*. Es la música la que atrae, con su politonal mezcla de sonoridades y armonías, porque a la derecha suena una y a la izquierda otra y enfrente una tercera; y todas, como en una partitura de Milhaud o de Stravinsky, se combinan para formar algo deliciosamente infernal, grato de veras para los que están cansados de sus cosas y sobre todo de sí mismos.

El observador que se pasee por la cercanía de esas instalaciones verá tiendas, carros, camiones, cuerdas, o bien edificios con amplias naves y carteles de colores detonantes, seguramente con representaciones de demonios, no tan terribles como algunos nos quieren hacer creer. Verá entre esos edificios y esas barracas que, aunque estén contruidos con cemento armado, tienen algo de caravana, la amenaza de una brusca huida, algo de navío de *Las mil y una noches*, siempre dispuesto a abandonarnos, verá —digo— gentes heterogéneas

de las cuales nos ocuparemos un poco. En los carteles se indican los géneros de las diversiones; unas son más bien líricas, hipnóticas; otras, agresivas. Hay para todos los gustos.

Si quisiéramos, podríamos hacer una clasificación correcta de tales artilugios. Poniendo las cosas sobre la mesa, más que una historia, se trataría de lograr una fenomenología. Y es curioso observar que las diferentes ramas de ese grupo permanecen todas ellas afectas a una especie de divinidad tutelar que las engendra y domina: la Rueda.

Pero no entremos en materia tan rápidamente. Volvamos al público, como habíamos dicho. Ese público definible, ya que estamos en vena de clasificaciones. Hay los habituales. Y también los que solo en raras ocasiones se acercan a las maravillas de la *Feria*. Como en todo. Los esporádicos desprecian en el fondo aquel mundo que justificadamente creen enraizado en lo popular, ahíto de folklore, aun cuando otros muchos elementos intervengan en su génesis. Los habituales no son así; aun cuando casi nunca se hayan preocupado por averiguar qué hay en la raíz de ese mundo dentro de otro mundo, dotado de propia autonomía, vuelven y vuelven a sus atracciones predilectas; han bebido lo que ellas tienen de licor. Su falta de prejuicios les capacita para sentirse lo bastante niños; o acaso ancianos. Muchas veces, ni se molestan en entrar en tal o en cual sitio. Se conforman con pasear cerca de su ambiente, de lo que ya es su ambiente; de esa manera van los bebedores a la taberna, los lectores a la librería, etc. En la vecindad del *Parque de Atracciones* se sienten bien, no saben exactamente por qué, ni les importa. Su vista goza con el espectáculo de los giros y giros que dan los aparatos, se encandila con las tonalidades de los decorados, se divierte leyendo los carteles de propaganda, viendo las figuras grotescas que anuncian las diversas facetas del espectáculo estático. Oyen las músicas mezcladas a que hemos aludido. Son gentes capaces de confundir, sentimentalmente



El tren de los viajes fantásticos.

hablando, el *Carro del Sol*, o un aire popular, oído en su niñez precisamente, con el *Pierrot lunaire*, de Schönberg.

Desde otro ángulo de vista, vemos que los habituales son personas más bien tristes. Y los que visitan rara vez las atracciones son alegres. Que los dioramas procuran a los primeros un placer más bien incomprensible, hecho de tristeza inexpressable; y que los otros sienten ironía ante todo. Y se ríen mucho. Parece que sinceramente. Esto solo se sabrá a la hora de la muerte. Por ejemplo, José Gutiérrez Solana era uno de los adeptos tétricos a la *Feria*. Puede ser que esto fuese a causa de que él sabía que la vida era otra feria; concomitante, diríamos en términos musicales; concéntrica, usando una expresión geométrica.

Las dos razas de público se unen raramente. Casi no se conocen; mejor todavía, no se perciben. Pasan a través de las mismas pruebas. Experimentan sus diversos modos de placer, se interfieren, se separan. Viajan a su manera todos ellos. Los unos fuera de sí, dentro los otros. Sin embargo, todos buscan la misma cosa. Por eso coinciden en el umbral de ese, en cierto modo, *más allá*.